

OSCUROS, OSCUROS ERAN LOS TÚNELES

GEORGE R. R. MARTIN

Greel estaba asustado.

Yacía en la cálida y densa oscuridad que se alzaba un poco más lejos del sitio en que el túnel se curvaba; su cuerpo delgado estaba apretado contra la extraña barra de metal que corría a lo largo del suelo. Sus ojos estaban cerrados. Se esforzaba por permanecer absolutamente inmóvil.

Estaba armado. Aferraba en su puño derecho un corto arpón de púas afiladas. Pero aquello no lograba amenguar su temor.

Había llegado lejos, muy lejos. Había trepado más alto y se había alejado más que ningún otro explorador de la Gente en muchas generaciones. Se había abierto paso a través de los Malos Niveles, donde las cosas-como-gusanos seguían intentando dar caza a la Gente sin descanso. Había acechado y destruido la brillante mole asesina en los desmoronables Túneles Medios. Había culebreado a través de decenas de inexplorados e innominados pasajes que apenas si dejaban espacio suficiente para que un hombre los atravesara.

Y ahora había penetrado en los Túneles Antiguos, los grandes túneles, antecámaras legendarias, de donde, según los trovadores, había venido la Gente un millón de años antes.

No era un cobarde. Era un explorador de la Gente que se había arriesgado a caminar por túneles jamás visitados por los hombres durante siglos.

Pero estaba asustado, y no tenía vergüenza de su temor. Un buen explorador sabe cuándo debe tener miedo. Y Greel era un excelente explorador. Por lo tanto, se quedó silencioso en medio de la oscuridad, con el arma asida en su puño, pensando.

Lentamente, el temor comenzó a alejarse. Greel se sintió más seguro y abrió los ojos. Los cerró de nuevo a toda velocidad.

El túnel que se extendía frente a él estaba ardiendo.

Jamás había visto el fuego. Pero los trovadores le habían dedicado muchas canciones. Era caliente. Y brillante, tan brillante que hacía daño a los ojos. La ceguera era el precio que pagaban aquellos que lo miraban durante demasiado tiempo.

Por esa razón, Greel mantuvo los ojos cerrados. Un explorador necesitaba su vista. No podía permitir que el fuego lo cegara.

Aquí atrás, en la oscuridad que se extendía en el recodo del túnel, el fuego no era tan malo. Mirarlo lastimaba los ojos porque el resplandor se pegaba a la pared curva del túnel. Sin embargo, se podía soportar el dolor.

Pero antes, cuando había visto el fuego por primera vez, Greel había estado desprevenido. Se había lanzado hacia adelante, bizqueando, rumbo al lugar en que la pared se curvaba. Había tocado el fuego que se reflejaba en la piedra. Y entonces, de un modo estúpido, había espiado más allá de la curva.

Todavía le dolían los ojos. Sólo había echado una rápida mirada antes de girar y arrastrarse silenciosamente hasta el lugar donde se hallaba tendido. Pero había sido suficiente. Más allá del recodo, el fuego era brillante, mucho más brillante de lo que él nunca se hubiera podido imaginar. Incluso con los ojos cerrados podía verlo: dos manchas dolorosas que danzaban con un brillo intenso y horrible, y no desaparecían. Pensó que el fuego había destruido parte de sus ojos.

Sin embargo, cuando había tocado el fuego de las paredes, éste no era como contaban los trovadores. La piedra era como cualquier otra: fría y un poco húmeda. Los trovadores decían que el fuego era caliente. Pero el fuego sobre la piedra no era caliente al tacto.

No era fuego, reflexionó Greel después de un momento. No obstante, no sabía qué era. Pero no podía ser fuego si no estaba caliente.

Se alejó levemente del lugar en que se encontraba. Moviéndose apenas alcanzó y tocó a H'ssig en la oscuridad.

Su hermano mental estaba a pocos pasos de distancia, cerca de otra de las barras de metal. Greel le llamó con su mente y pudo sentir el estremecimiento del otro en respuesta. Los pensamientos y las sensaciones se mezclaron sin necesidad de las palabras.

H'ssig también estaba asustado. La enorme rata cazadora no tenía ojos. Pero su olfato era mucho más agudo que el de Greel, y en el túnel había un olor muy extraño. También sus oídos eran mejores. A través de ellos, Greel pudo percibir más claramente los extraños ruidos que provenían del lugar en que se hallaba el fuego que no era fuego.

Greel abrió los ojos otra vez. Lentamente, no de una vez. Parpadeando.

Los agujeros que el fuego había horadado en ellos seguían allí. Pero tendían a desaparecer. Y el fuego amortiguado que se movía sobre la curva del túnel podía soportarse si no se le miraba directamente.

Rígido. No podía avanzar más. Y no debía retroceder. Era un explorador. Tenía un deber que cumplir.

Se conectó de nuevo con H'ssig. La rata cazadora le había acompañado desde su nacimiento. Jamás le había fallado. No le fallaría esta vez. La rata no tenía ojos que pudieran quemarse, pero sus oídos y su nariz le dirían a Greel lo que quería saber acerca de la cosa que estaba más allá de la curva.

Más que oírla, H'ssig adivinó la orden. Se deslizó con lentitud hacia adelante, en dirección al fuego.

—¡Un tesoro!

La voz de Ciffonetto estaba llena de admiración. La capa de grasa protectora que le cubría la cara no logró ocultar su sonrisa.

Von der Stadt miraba con expresión dubitativa. No sólo era su rostro; todo su cuerpo irradiaba duda. Los dos hombres estaban vestidos de la misma manera: monos grises sin forma, tejidos con una gruesa malla metálica. Pero ellos no podían equivocarse jamás. Von der Stadt era famoso por su habilidad para expresar duda al mismo tiempo que su rostro permanecía impávido. Cuando se movía o hablaba, enfatizaba la impresión. Así lo hizo esta vez.

—Algún tesoro —dijo simplemente.

Fue suficiente para fastidiar a Ciffonetto. Frunció el ceño hacia su compañero más robusto.

—No. Sé lo que digo —dijo.

El rayo de su pesada linterna trazó un arabesco en la densa oscuridad y jugó hacia arriba y hacia abajo sobre uno de los carcomidos pilares de acero que se afinaban desde la plataforma hasta el techo.

—Mira allí —dijo Ciffonetto.

—Ya veo —dijo—. ¿Dónde está el tesoro?

Ciffonetto continuó moviendo su linterna hacia arriba y hacia abajo.

—Éste es el tesoro —dijo—. Todo este lugar es un descubrimiento histórico de antología. Sabía que esto era lo que debíamos buscar. Te lo dije.

—¿Cuál es la fundamental importancia de una viga de acero? —preguntó von der Stadt al tiempo que iluminaba el pilar con su propia linterna.

—El estado de conservación —dijo Ciffonetto, acercándose—. Casi todo lo que nos rodea es ahora radiactivo. Pero aquí debajo hallaremos algunos artefactos hermosos. Nos darán un excelente cuadro acerca de cómo era la civilización antes del desastre.

—Ya *sabemos* cómo era —protestó von der Stadt—. Tenemos cintas grabadas, libros, películas, de todo. Toda clase de cosas. La guerra no afectó a la Luna.

—Sí, sí, pero es diferente —dijo Ciffonetto—. Esto es real.

Con su mano enguantada acarició la viga amorosamente.

—Mira aquí —dijo.

Von der Stadt se acercó.

Había algo grabado en el metal. Raspado con un objeto. No era muy profundo pero aún podía leerse con alguna dificultad. Ciffonetto sonreía de nuevo. Von der Stadt miraba con expresión de duda.

—«Rodney ama a Wanda» —leyó.

Sacudió la cabeza.

—Mierda, Ciff —dijo—, puedes encontrar lo mismo en cualquier sitio público de Ciudad Luna.

Ciffonetto elevó los ojos al cielo.

—Von der Stadt —dijo—, si encontráramos la pintura más antigua del mundo, dirías que se trata del torpe diseño de un búfalo.

Acarició la escritura con su mano libre.

—¿No lo comprendes? Esto es antiguo. Es historia. Son los restos de una civilización, de un país y de un planeta que desaparecieron hace quinientos años.

Von der Stadt no respondió, pero siguió mirando con expresión de duda. Su linterna vagó de un lado a otro.

—Hay más cosas, si es que te interesa —dijo, manteniendo la luz dirigida hacia otro pilar que se encontraba a pocos pasos de distancia.

Esta vez fue Ciffonetto quien leyó la inscripción.

—«Arrepiéntete o te condenarás» —dijo con una sonrisa después que su haz de luz se mezclara con el de von der Stadt.

Ahogó una carcajada.

—Las palabras de los profetas están escritas en las paredes subterráneas —dijo con suavidad.

Von der Stadt frunció el ceño.

—De algunos profetas —dijo—. Deben de haber profesado alguna extraña religión.

—Oh, Cristo —gruñó Ciffonetto—. No lo decía literalmente. Sólo estaba citando a alguien. A un poeta de mediados del siglo veinte llamado Simon. Escribió aquello sólo cincuenta años antes del gran desastre.

A von der Stadt no le interesaba la conversación. Vagó por allí con impaciencia, arrojando su haz de luz de aquí para allá entre las ruinas de la antigua estación de metro.

—Hace calor aquí —se quejó.

—Más calor hace allá —dijo Ciffonetto, casi perdido en una nueva inscripción.

—No es la misma clase de calor —replicó von der Stadt.

Ciffonetto no se molestó en responder.

—Éste es el hallazgo más importante de la expedición —dijo cuando dejó de investigar—. Tenemos que tomar fotografías. Y traer a los otros hasta aquí. Perdemos el tiempo en la superficie.

—¿Lo hacemos mejor aquí abajo? —dijo von der Stadt. Con expresión de duda, por supuesto.

Ciffonetto asintió.

—Es lo que he dicho siempre. La superficie ha sido devastada. Después de todos estos siglos, todavía es radiactiva. Si queda algo, está bajo tierra. Allí es donde debemos buscar. Tenemos que dividirnos el trabajo y explorar todo el sistema de túneles.

Sus manos se extendieron a lo largo y a lo ancho.

—Tú y Nagel han estado discutiendo durante todo el viaje —dijo von der Stadt—. Durante todo el viaje desde Ciudad Luna. No veo qué ganas con ello.

—El doctor Nagel es un tonto —dijo Ciffonetto.

—No estoy de acuerdo —dijo von der Stadt—. Soy un soldado, no un científico. Pero he prestado atención a sus argumentos y me parecen sensatos. Todo lo que hay aquí es valioso, pero no es lo que quiere Nagel. No han enviado la expedición para encontrar esto.

—Lo sé, lo sé —dijo Ciffonetto—. Nagel quiere vida. Vida humana, especialmente. Y lo máximo que obtiene son unas pocas especies de insectos y un puñado de pájaros que han sufrido mutaciones.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Si echara una mirada por aquí debajo, encontraría lo que busca —continuó Ciffonetto—. No se ha tomado en cuenta la profundidad que alcanzaban las ciudades antes de la guerra. Hay miles de túneles debajo de nuestros pies. Nivel tras nivel. Allí han de estar los supervivientes, si es que queda alguno.

—¿Por qué lo piensas? —preguntó von der Stadt.

—Mira, cuando se desató la guerra, los únicos que podrían haberse salvado son los que huyeron a refugios profundos. O a túneles debajo de las ciudades. La radiactividad les debe de haber impedido subir durante años. Diablos, la superficie aún carece de atractivos. Han de permanecer ocultos por allí abajo. Se adaptarían. Después de varias generaciones habrán perdido el interés por salir.

Sin embargo, la atención de von der Stadt se había dispersado y casi no escuchaba al otro. Había caminado hasta el borde de la plataforma y miraba fijamente las vigas.

Se detuvo en silencio durante unos instantes y entonces tomó una decisión. Fijó la linterna en su cinturón y comenzó a descender.

—Vamos —dijo—. Tratemos de hallar a algunos de tus supervivientes.

H'ssig se adelantó y permaneció cerca de la barra de metal. Le servía para ocultarse y le mantenía protegido del fuego; por lo tanto, se movió en una pequeña franja de oscuridad casi total. Bordeando la barra lo mejor que pudo, se arrastró en silencio alrededor de la curva, y se detuvo.

A través de él, Greel observó; observó con los ojos de la rata y con su nariz.

El fuego hablaba.

Había dos olores; parecidos pero no iguales. Y dos voces. Exactamente como si hubiera dos fuegos. La cosas brillantes que habían quemado los ojos de Greel eran criaturas vivientes de alguna naturaleza.

Greel escuchó. Los sonidos que H'ssig oía tan claramente eran palabras. Alguna clase de lenguaje. Greel estaba seguro de lo que pensaba. Conocía la diferencia que existe entre los gruñidos y el rugir de los animales y las estructuras de una lengua.

Sin embargo, las cosas de fuego hablaban una lengua que él no conocía. Los sonidos no significaban más para él que para H'ssig, que se los transmitía.

Se concentró en el olor. Era extraño, diferente a todo lo que había conocido antes. De algún modo, parecía un olor a hombre; pero no podía ser.

Greel pensó. Un olor casi humano. Y palabras. ¿Podría ser que las cosas de fuego fueran hombres? Debían de ser hombres extraños, muy diferentes a la Gente. Pero los trovadores habían cantado sobre ciertos hombres que en la antigüedad tenían extrañas formas y poderes desconocidos. ¿Andarían aquellos hombres por allí?

¡Sí!

Greel se emocionó. Se movió lentamente en el lugar que se encontraba y se puso en cuclillas para espiar hacia la curva. Un chasquido sordo obligó a H'ssig a retroceder y a esconderse cerca de Greel.

Sólo había un modo de estar seguro, pensó Greel. Temblando, salió cautelosamente con su mente.

Von der Stadt se había adaptado mejor que Ciffonetto a la gravedad de la Tierra. Llegó al suelo del túnel rápidamente y esperó con impaciencia que su compañero bajara de la plataforma.

Ciffonetto se dejó caer y aterrizó con un ruido sordo. Miró hacia la plataforma con aprensión.

—Espero que pueda volver a subirla —dijo.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Tú eras el que quería explorar los túneles.

—Sí —dijo Ciffonetto, tratando de adaptar los ojos a la oscuridad y mirando a su alrededor—. Y Todavía lo deseo. Aquí abajo, en estos túneles, está la respuesta que buscamos.

—Es tu teoría —dijo von der Stadt. Miró hacia ambas direcciones y eligió una al azar. Caminó hacia adelante iluminando el camino con su linterna. Ciffonetto lo seguía medio paso atrás.

El túnel en el que entraron era largo, recto y estaba vacío.

—Dime —dijo de improviso von der Stadt mientras caminaban—, aún en el caso que los supervivientes se hubieran albergado en refugios subterráneos durante la guerra, ¿no tendrían que haber salido alguna vez a la superficie para sobrevivir? Quiero decir..., ¿cómo puede alguien vivir aquí abajo? —Miró los túneles con evidente disgusto.

—¿Has estado tomando lecciones con Nagel o algo así? —replicó Ciffonetto—. He oído eso tantas veces que ya estoy harto. Admito que sería difícil, pero no imposible. Al principio, deben de haber tenido acceso a grandes almacenes de comida envasada. Han de haber reservado muchos alimentos. Más tarde, se habrán procurado su propia comida. Hay plantas que crecen en la oscuridad. E insectos, y también animales, supongo.

—Una dieta de bichos y hongos. No me parece muy saludable.

Ciffonetto se detuvo de repente sin molestarse en contestar.

—Mira allí —dijo señalando con su linterna.

El rayo de luz jugueteaba sobre una grieta dentada en la pared del túnel. Parecía como si alguien hubiera roto la piedra intencionalmente mucho tiempo antes.

La luz de von der Stadt se unió a la de Ciffonetto para iluminar mejor el área. A partir de la abertura nacía un pasadizo. Ciffonetto se dirigió hacia él.

—¿Qué diablos dices acerca de esto, von der Stadt? —preguntó con una sonrisa. Iluminó el lugar y entró. Salió de inmediato.

—No hay mucho que ver —dijo—. El pasadizo termina apenas comenzado. No obstante, confirma lo que siempre digo.

Von der Stadt parecía vagamente incómodo. Su mano libre se dirigió hacia la cartuchera donde guardaba su pistola.

—No lo sé —dijo.

—No, no lo sabes —dijo Ciffonetto con voz triunfal. Tampoco lo sabe Nagel. Los hombres han vivido aquí. Todavía deben vivir aquí. Tenemos que organizar una búsqueda más eficiente por todo el sistema subterráneo.

Hizo una pausa. Su mente retrocedió a la discusión que había mantenido unos minutos antes con von der Stadt.

—Y en lo que se refiere a tus bichos y a tus hongos, te digo que el hombre es capaz de adaptarse a todo. Si han sobrevivido a la guerra, y todo indica que lo han hecho, entonces han sobrevivido a sus consecuencias. Puedo apostar.

—Tal vez —dijo von der Stadt—. De todos modos, no entiendo por qué estás tan interesado en los supervivientes. No niego que la expedición sea importante y todo eso. Debemos restablecer los vuelos espaciales y ésta es una buena manera de probar nuestros instrumentos. Y supongo que ustedes, los científicos, podrán obtener buenos materiales para los museos. Pero, ¿humanos? ¿Qué nos ha dado la Tierra aparte de la Gran Hambruna?

Ciffonetto sonrió con tolerancia.

—Es a causa de la Gran Hambruna que queremos encontrar humanos —dijo. Hizo una pausa—. Ahora tenemos que convencer a Nagel. Regresemos.

Comenzó a caminar hacia el lugar de donde habían venido y continuó hablando.

—La Gran Hambruna fue un inevitable resultado de la guerra en la Tierra —dijo—. Cuando dejaron de llegarnos reservas, no hubo manera de mantener con vida a la gente en la colonia lunar. El noventa por ciento pereció de hambre.

»La Luna podía autoabastecerse, pero sólo con una población muy pequeña. Es lo que sucedió. La población tuvo que adaptarse. Reciclamos el aire y el agua, cultivamos alimentos en tanques hidropónicos. Luchamos a brazo partido, pero hemos sobrevivido. Y hemos comenzado la reconstrucción.

»Sin embargo, hemos perdido mucho. Murió demasiada gente. Nuestra reserva genética era terriblemente pequeña y poco diversa. Para empezar, nuestra colonia ha carecido siempre de diferencias raciales.

»Aquello no ayudó en absoluto. La población decreció durante un largo período, hasta que encontramos fuentes físicas para mantener a mayor cantidad de gente. La idea de la pureza de la raza no funcionó. Ahora, la población está aumentando de número, pero de un modo muy lento. Estamos estancados, von der Stadt. Nos ha llevado cinco siglos volver a utilizar las naves espaciales, por ejemplo. Y Todavía no hemos logrado producir muchas de las cosas que existían en la Tierra antes del desastre.

Von der Stadt arrugó el entrecejo.

—Estancamiento es una palabra extraña —dijo—. Creo que lo hemos hecho bastante bien.

Ciffonetto desautorizó el comentario con un movimiento de su linterna.

—Bastante bien —dijo—. Pero no lo suficiente. No estamos yendo a ninguna parte. Hay muy pocos cambios; cambios en el sentido de ideas nuevas. Necesitamos de puntos de vista novedosos, una reserva genética fresca. Necesitamos el estímulo del contacto con otras culturas foráneas.

»Los supervivientes nos darán lo que queremos. Después de la destrucción de la Tierra, han debido de cambiar de algún modo. Y ellos serán la prueba para confirmar que la vida humana puede aún florecer sobre la Tierra. Resulta crucial si es que pretendemos instaurar aquí una colonia.

El último tema fue lanzado casi como una reflexión, pero von der Stadt captó la idea y la aprobó. Asintió con gravedad.

Habían llegado de nuevo a la estación. Ciffonetto se dirigió resueltamente a la plataforma.

—Vamos —dijo—, regresemos a la base. Ansío ver la cara que pondrá Nagel cuando le contemos lo que hemos descubierto.

Eran hombres.

Greel estaba casi seguro. La textura de sus mentes era rara, pero similar a la de los hombres. Greel era un excelente investigador de mentes. Conocía la burda y desmayada sensación de la mente de los animales, las sombras obscenas que conformaban los pensamientos de las cosas-como-gusanos. Y también conocía la mente de los hombres.

Eran hombres.

Y además, había algo extraño. La fusión de mentes se convertía en una auténtica comunicación cuando se llevaba a cabo con una mente hermana. Siempre se trataba de algo que se compartía con otros hombres. Un modo de compartir oscuro y tenebroso, lleno de nubes y sabores y aromas y emociones. Pero, un modo de compartir.

En este caso no había nada que compartir. En este caso era como una fusión de mentes con un animal inferior. Tacto, sensaciones, sabores, onda: todo lo que un experto fusionador de mentes podía lograr con un animal. Pero nunca percibiría una respuesta. Los hombres y los hermanos mentales respondían; los animales, no.

Estos hombres no respondían. Estos extraños hombres de fuego tenían mentes silenciosas, desmanteladas.

En la oscuridad del túnel, Greel se puso tenso en su posición de cuclillas. El fuego había desaparecido de repente de la pared. Los hombres se iban, túnel abajo, alejándose de él. El fuego se marchaba con ellos.

Se adelantó lentamente —H'ssig iba a su lado— con el arpón en la mano. La distancia hacía que la fusión de mentes se dificultara. Debía mantenerles a su alcance. Debía descubrir más cosas. Era un explorador. Tenía un deber que cumplir.

Su mente salió otra vez para gustar el sabor de las otras mentes. Tenía que asegurarse.

Los pensamientos de ellos se movían a su alrededor; el ondulante caos se interrumpía por momentos con ráfagas de brillantez y emociones y conceptos a medio entrever. Greel entendió muy poco. Pero logró reconocer algo. Y algo más llegó hasta él.

Se entretuvo y degustó sus mentes por completo, y aprendió. Sin embargo, todavía era como fusionarse con un animal. No podía hacerse sentir. No pudo obtener ninguna respuesta.

Todavía se alejaron un poco más, y sus pensamientos se hicieron más borrosos, y la fusión mental más difícil. Greel avanzó. Vaciló al llegar al punto en que el túnel se curvaba. Pero debía continuar. Era un explorador.

Se acostó en el suelo, parpadeó, y se deslizó alrededor de la curva ayudándose con las manos y las rodillas.

Más allá de la curva, se detuvo y respiró hondo. Estaba en un inmenso vestíbulo, una inmensa caverna con un techo abovedado y unos pilares gigantes que sostenían el cielo raso. Todo el recinto brillaba a causa de la luz, una luz extraña, feroz, que danzaba por encima de todo.

Se trataba de un lugar de leyenda. Un vestíbulo de los Tiempos Antiguos. Greel jamás había visto una cámara tan vasta. Y, de entre los integrantes de la Gente, era él quien había llegado más alto y más lejos.

Los hombres no se hallaban a la vista, pero su fuego danzaba alrededor de la boca del túnel en el otro extremo del vestíbulo. Era intenso, pero no insoportable. Los hombres estaban ocultos por otra curva. Greel comprendió que sólo veía el débil reflejo de su fuego. En tanto no lo mirara directamente, estaba a salvo.

Entró en el vestíbulo mientras el explorador que había en él clamaba por trepar la pared e investigar la cámara superior a la que conducían los pilares. Pero, no. Los hombres de fuego eran más importantes. Siempre podría retornar al vestíbulo.

H'ssig se frotó contra su pierna. Greel bajó su mano y acarició la delicada piel de la rata, tranquilizándola. Su hermano mental podía percibir el torbellino de sus pensamientos.

Hombres, sí, estaba seguro. Y sabía aún más. Sus pensamientos eran diferentes a los de la Gente; pero eran pensamientos humanos y él había logrado entender algunos. Uno de ellos ardía, ardía por encontrar a otros hombres. Buscaban a la Gente, pensó Greel.

Sabía eso. Era un explorador y un fusionador de mentes. No cometía errores. Pero no sabía qué era lo que debía hacer.

Buscaban a la Gente. Eso era bueno. Al principio, cuando había aprehendido el concepto, había temblado de gozo. Estos hombres de fuego eran los Antiguos de la leyenda. Si buscaban a la Gente, él les guiaría. Habría recompensas y gloria, y los trovadores cantarían su nombre durante generaciones.

Además, era su deber. Las cosas no habían marchado bien para la Gente durante los últimos años. Se había terminado el tiempo de bonanza cuando las cosas-como-gusanos habían obligado a la Gente a trasladarse túnel tras túnel. E incluso ahora, debajo de sus pies, la lucha continuaba aún, en los Malos Niveles y en los túneles de la Gente.

Y Greel sabía que la Gente estaba perdiendo la batalla.

Lentamente pero sin pausas. Las cosas-como-gusanos eran nuevas para la Gente. Más que animales; pero menos, mucho menos que los hombres. Ellas no precisaban de los túneles. Reptaban por debajo de la tierra y ningún hombre estaba a salvo.

La Gente luchaba con denuedo. Los fusionadores de mentes podían sentir a las cosas-como-gusanos y arrojarles los arpones, y las grandes ratas cazadoras podían hacerlas trizas. Pero siempre, las cosas-como-gusanos regresaban desde el fondo de la tierra. Y había muchas; y muy poca Gente.

Ahora, estos hombres de fuego, estos hombres nuevos podrían cambiar las cosas. Las leyendas decían que los Antiguos habían luchado con fuego y con armas extrañas, y estos hombres vivían en el fuego. Podrían ayudar a la Gente. Podrían entregarles armas poderosas para obligar a las cosas-como-gusanos a regresar al lugar de donde habían venido.

Pero.

Pero estos hombres no eran lo suficientemente humanos. Sus mentes estaban desmanteladas y muchos, muchos de sus pensamientos resultaban extraños a Greel. Sólo podía vislumbrar algunos destellos. La fusión de mentes con ellos no resultaba igual que con los integrantes de la Gente.

Sabía como conducirles ante la Gente. Conocía el camino. Abajo y arriba, una vuelta aquí, un giro más allá. A través de los Túneles Medios y de los Malos Niveles. Pero, ¿qué ocurriría si les llevaba y resultaban enemigos? ¿Si destruían a la Gente con su fuego? Tenía miedo de lo que pudieran hacer.

Sin él, jamás les encontrarían. Greel estaba seguro de ello. Sólo él, en muchas generaciones, había llegado tan lejos. Y sólo con cautela, con la fusión mental, y con H'ssig a su lado. Nunca encontrarían el camino por el que había venido, los túneles retorcidos que llevaban a lo profundo, a lo profundo de la tierra.

Si no actuaba, la Gente estaría segura. Pero, eventualmente, las cosas-como-gusanos podrían vencer. Les llevaría generaciones. Sin embargo, la Gente no lograría resistir.

Era su decisión. Ningún fusionador de mentes podría llegar hasta donde se encontraba. Debía decidir solo.

Y no tardó mucho en hacerlo. Muy pronto, se dio cuenta que los hombres de fuego regresaban. Sus extraños pensamientos se hicieron más poderosos; y la luz de la pared, cada vez más intensa.

Vaciló. Después retrocedió lentamente hacia el túnel de donde había venido.

—Aguarda un minuto —dijo von der Stadt en el momento en que Ciffonetto se disponía a escalar la pared—. Intentémoslo en la otra dirección.

Ciffonetto movió la cabeza de un lado a otro con disgusto y dejó de subir, volviendo al suelo del túnel. Parecía molesto.

—Tenemos que regresar —dijo—. Ya tenemos bastante.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Vamos. Tú eras el que quería explorar aquí abajo. Por consiguiente, debemos realizar una tarea exhaustiva. Tal vez nos encontremos a pocos pasos de uno de tus grandes descubrimientos.

—Está bien —dijo Ciffonetto, retirando su linterna del cinturón donde la había colocado para ensayar el salto a la plataforma—. Supongo que tienes algo en mente; sería terrible que trajéramos a Nagel y descubriera algo que hemos pasado por alto.

Von der Stadt asintió. Los haces de luz de sus linternas se fundieron en uno y los dos hombres se hundieron en la oscuridad del túnel.

Venían. El miedo y la indecisión se unieron en la mente de Greel. Se apretó contra la pared del túnel. Retrocedió, rápido y en silencio. Debía mantenerse alejado del fuego antes de decidir lo que habría de hacer.

Pero después de la primera vuelta, el túnel se estiraba, largo y estrecho. Greel era veloz. Pero no lo suficiente. Y sus ojos estaban descubiertos cuando, con una furia total, hizo su aparición el fuego.

Sus ojos ardieron. Profirió un alarido de pánico y se arrojó al suelo. El fuego se negó a marcharse. Danzaba delante de él, incluso con los ojos cerrados, lanzando horribles colores.

Greel luchó por controlar la situación. Aún existía una buena distancia entre ellos. Aún tenía el arma en su poder. Se conectó con H'ssig, que se hallaba cerca de él. La rata sin ojos volvería a ser su vista.

Con los ojos todavía cerrados comenzó a arrastrarse hacia atrás, lejos del fuego. H'ssig se quedó allí.

—¿Qué demonios fue *eso*?

La pregunta de von der Stadt quedó suspendida en el aire durante unos instantes. Se había quedado paralizado en el sitio en que nacía la curva. Ciffonetto se había quedado también estático al oír el ruido.

El científico parecía asombrado.

—No lo sé —dijo—. Era... extraño. Parecía una especie de animal en pánico. Un grito, o algo así. Pero fue como si el que gritó intentara ahogar el alarido.

La linterna alumbró hacia el lugar, cortando la oscuridad con ondas de luz, pero sin revelar nada interesante. La luz de von der Stadt iluminó inmóvil, hacia adelante.

—No me gusta esto —afirmó von der Stadt dubitativamente—. Tal vez haya algo aquí abajo. Pero no parece amistoso.

Pasó la linterna a su mano izquierda y tomó la pistola.

—Veamos —dijo.

Ciffonetto arrugó el ceño, pero no dijo nada. Comenzaron a avanzar de nuevo.

Eran grandes y se movían velozmente. Greel comprendió con desesperación que le atraparían. La elección ya estaba hecha.

Sin embargo, tal vez fuera la correcta. Eran hombres. Hombres como los Antiguos. Ayudarían a la Gente contra las cosas-como-gusanos. Se aproximaba un nuevo tiempo. Las viejas glorias que cantaran los trovadores renacerían. Desaparecería el horror. Pasaría el miedo. La Gente construiría nuevos túneles y vestíbulos asombrosos.

Sí. Habían decidido por él, pero la decisión era correcta. Era la única posible. El hombre debe encontrar al hombre y, juntos, debían enfrentarse a las cosas-como-gusanos.

Mantuvo los ojos cerrados. Pero aguardó.

Y habló.

Otra vez se quedaron rígidos, a medio camino. Esta vez el sonido no parecía un ruido ahogado. Era suave, casi un susurro, pero era lo suficientemente claro para no confundirlo.

Las dos linternas oscilaron salvajemente al mismo tiempo. Entonces, una detuvo su movimiento. La otra titubeó, después se unió a la primera.

Ambas formaron un remanso de luz sobre la oscura pared del túnel. Y el remanso iluminó..., ¿qué cosa?

—¡Dios mío! —dijo von der Stadt—. Ciff, dime rápido qué es, antes que le dispare.

—No lo hagas —dijo Ciffonetto—. No se mueve.

—Pero..., ¿qué es?

—No lo sé. —La voz del científico sonó extraña, temblorosa.

La criatura que se hallaba en el remanso de luz era pequeña; medía algo más de cuatro pies. Pequeña y nauseabunda. Tenía una apariencia vagamente humana, pero las proporciones de los miembros eran incorrectas; y las manos y pies, grotescos y mal formados. Y la piel, la piel era repugnante, de un blanco agusanado.

Pero lo peor era el rostro. Grande, desproporcionado en relación con el cuerpo, casi sin boca y sin nariz. La cabeza era todo ojos. Dos ojos grandes, inmensos, grotescos, que ahora se hallaban ocultos por capas de una piel blanca mortecina.

Von der Stadt estaba atónito; Ciffonetto tembló ligeramente ante la visión que se presentaba ante sus ojos. Habló primero.

—Mira —dijo con voz suave—. En su mano. Creo..., creo que es un utensilio.

Silencio. Un silencio largo y tenso. Entonces, Ciffonetto habló de nuevo. Su voz era ronca.

—Me parece que es un hombre.

Greel ardió.

El fuego le había dado caza. Aún con los párpados apretados, los ojos le dolían y comprendió el horror que le esperaba si llegaba a abrirlos. Y el fuego le había dado caza. Su piel le escocía de un modo extraño y le dolía. Cada vez más y más.

Sin embargo, no se movió. Era un explorador. Tenía un deber que cumplir. Aguantó, mientras su mente se fusionaba con las de los otros.

Y allí, en sus mentes, descubrió el temor, un temor controlado. De un modo extraño, distorsionado, se vio a sí mismo a través de los ojos de ellos. Sintió su horror y su repulsión. Una repulsión pura que habitaba en ambas mentes.

Se enfureció, pero controló su ira. Debía llegar hasta ellos. Debía llevarles ante la Gente. Eran ciegos y estaban desmantelados y no podían controlar sus sentimientos. Pero si lograba hacerse entender, les ayudarían. Sí.

No se movió. Esperó. Su piel ardía, pero esperó...

—Eso —dijo von der Stadt—. ¿Esa *cosa* es un hombre?

Ciffonetto asintió.

—Debe de ser. Lleva un utensilio. Habla. —Vaciló—. Pero, Dios, nunca antes había visto algo semejante. Los túneles, von der Stadt. La oscuridad. Durante largos siglos, sólo oscuridad. Nunca imaginé..., tanta evolución en tan poco tiempo.

—¿Un *hombre*? —von der Stadt todavía dudaba—. Estás loco. Ningún hombre puede haber llegado a convertirse en *eso*.

Ciffonetto apenas le oyó.

—Tendría que haberlo pensado —murmuró—. Tendría que haberlo adivinado. La radiación, por supuesto. Debe de haber acelerado las mutaciones. Períodos de tiempo más cortos, supongo. Los hombres pueden vivir de bichos y de hongos. No los hombres como nosotros. Por lo tanto se adaptaron. Se adaptaron a la oscuridad, a los túneles. Él...

De repente dejó de hablar.

—Sus ojos... —dijo alejando la linterna de modo que las paredes parecieron estar más cerca—. Debe de ser muy sensible. Le estamos haciendo daño. Aleja tu linterna, von der Stadt.

Von der Stadt le dirigió una mirada llena de duda.

—Hay bastante oscuridad aquí —dijo. Y sin embargo, obedeció. Su haz de luz se apartó.

—Histórico —dijo Ciffonetto—. Un momento que perdurará en...

Nunca logró acabar la frase. Von der Stadt estaba tenso, a punto de disparar su arma. En el momento en que desviaba su linterna, había alcanzado a vislumbrar un relámpago de movimiento en la oscuridad. Movié el haz de luz de un lado a otro y encontró de nuevo la cosa y logró iluminarla.

Hubiera disparado antes, pero lo había detenido el hecho que la figura parecida a un hombre estaba quieta y resultaba extraña.

La nueva cosa se movía. Chillaba y se escurría. No le resultaba extraña. Esta vez von der Stadt no vaciló.

Se produjo un rugido, un relámpago. Después, otro.

—La tengo —dijo von der Stadt—. Una maldita rata.

Y Greel gritó.

Después del ardor había sobrevenido un momento de alivio. Pero sólo había durado un instante. Entonces, de repente, el dolor lo envolvió. Onda tras onda tras onda. Rodó sobre él borrando los pensamientos de los hombres de fuego, borrando su propio temor, borrando su ira.

H'ssig estaba muerto. Su hermano mental estaba muerto.

Tembló de indignación. Se abalanzó hacia adelante con el arpón en la mano.

Abrió los ojos. Tuvo un destello de visión, luego más dolor y más ceguera. Pero el destello persistía. Golpeó. Y golpeó de nuevo. Salvaje, locamente, golpe tras golpe, estocada tras estocada.

Después, el universo entero se volvió rojo a causa del dolor, y volvió a escucharse el terrible rugido que había precedido a la muerte de H'ssig. Algo le arrojó al suelo del túnel y sus ojos se abrieron otra vez: el fuego, el fuego estaba en todas partes.

Pero sólo durante un instante. Sólo durante un instante. Entonces, rápidamente, la oscuridad fue total para Greel de la Gente.

La pistola todavía humeaba. La mano aún estaba firme. Pero la boca de von der Stadt se abrió mientras miraba, incrédulo, a la cosa sobre la cual había disparado, que yacía en el suelo del túnel, y a su propia sangre que manaba a través del uniforme.

Entonces, el revólver cayó y sus manos se dirigieron hacia el estómago, apretando las heridas. Su mano quedó tinta en sangre. La miró fijamente. Miró fijamente a Ciffonetto.

—La rata —dijo con pánico en la voz—. Sólo disparé a la rata. Sólo a ella. ¿Por qué, Ciff? Yo...

Y cayó al suelo. Pesadamente. Su linterna se rompió y reinó la oscuridad.

Se produjo un momento de desconcierto hasta que, por fin, Ciffonetto encendió la linterna. El científico, pálido, se arrodilló junto a su compañero.

Von der Stadt murmuraba.

—Ni siquiera la vi venir. Había desviado mi luz, como tú habías dicho. ¿Por qué, Ciff? No pensaba dispararle. No si era un hombre. Sólo disparé a la rata. Sólo a la rata.

Ciffonetto, que no se había movido en todo el tiempo, asintió.

—No fue culpa tuya, von. Lo debes de haber asustado. Necesitas una cura, ahora. La herida es seria. ¿Eres capaz de volver al campamento?

No esperaba una respuesta. Pasó su brazo por debajo de los de von der Stadt y lo levantó. Comenzó a caminar por el túnel rogando para que pudieran llegar hasta la plataforma.

—Sólo dispare a la rata —continuaba diciendo una y otra vez von der Stadt con una voz desmayada.

—No te preocupes —dijo Ciffonetto—. No importa. Encontraremos otros. Buscaremos por todo el sistema subterráneo si hace falta. Los encontraremos.

—Sólo una rata. Sólo una rata.

Llegaron a la plataforma. Ciffonetto dejó a von der Stadt sobre el suelo.

—No puedo subir contigo, von —dijo—. Tengo que dejarte aquí. Iré por ayuda.

Nervioso, tomó la linterna de su cinturón.

—Sólo una rata —dijo otra vez von der Stadt.

—No te preocupes —dijo Ciffonetto—. Aún en el caso que no les encontrásemos, no se perdería nada. Obviamente, era un subhumano. Alguna vez fue un hombre, alguna vez. Pero ya no lo era. Degenerado. Incapaz de enseñarnos nada.

Pero von der Stadt no lo escuchaba. Se había sentado junto a la pared, tomando con las manos su estómago mientras la sangre se deslizaba entre sus dedos. Murmuraba siempre las mismas palabras, una y otra vez.

Ciffonetto se volvió hacia la pared. Unos pocos pasos hasta la plataforma, después el viejo y desvencijado ascensor, y las ruinas, y la luz del día. Tenía que darse prisa. Von der Stadt no duraría mucho tiempo.

Se afirmó de la roca y trató de subir. Con desesperación, su mano se asió a un agujero. Trató de ascender de nuevo.

Casi había llegado al nivel de la plataforma cuando sus músculos lunares le fallaron. Se produjo un repentino espasmo y su mano se soltó. No había podido soportar el esfuerzo.

Se cayó. Sobre la linterna.

Jamás había visto una oscuridad semejante. Demasiado espesa, demasiado total. Luchó por no gritar.

Cuando intentó levantarse de nuevo, gritó. La linterna se había roto con el golpe.

Su grito retumbó y volvió a retumbar en el largo y negro túnel que no podía ver. Tardó un largo tiempo en acallarse. Cuando desapareció, Ciffonetto volvió a gritar. Y otra vez.

Finalmente, ronco, se detuvo.

—Von —dijo—. Von, ¿puedes oírme?

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo. Hablar, debía hablar para no volverse loco. La oscuridad lo rodeaba por todas partes y podía oír unos suaves movimientos cerca de sus pies.

Von der Stadt sollozó. El sonido parecía infinitamente lejano.

—Era sólo una rata —decía—. Sólo una rata.

Silencio. Entonces, suavemente, Ciffonetto dijo:

—Sí, von, sí.

—Era sólo una rata.

—Era sólo una rata.

—Era sólo una rata.

FIN

Libros Tauro